

## "IRÉ Y HARÉ. . ."

por el élder Lynn A. Sorensen  
del Primer Quórum de los Setenta



***"La experiencia me ha enseñado que el Señor prepara la vía si somos diligentes y fieles en cumplir con nuestro deber."***

Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que asistí a una conferencia general. Era tan solo un muchachito y mis buenos padres me trajeron al Tabernáculo para que tuviera una experiencia espiritual especial en los albores de mi vida. Nos sentamos arriba en el balcón a la mano izquierda del estrado, desde donde podía ver directamente a las Autoridades Generales.

Fue una hermosa experiencia poder ver al presidente Heber J. Grant por primera vez. Recuerdo vívidamente con qué fervor el presidente Grant cantó con la congregación, y también lo incómodas que me parecían aquellas bancas de madera. Recuerdo que al mirar las mullidas sillas en las que se sentaba el Coro del Tabernáculo decidí que algún día pertenecería a él y así tendría reservado un cómodo asiento para escuchar la conferencia. Bueno, de alguna manera las líneas de comunicación se entreveraron, ya que, en ese entonces, ni se me había ocurrido pensar en eso.

Me siento muy humilde ante este inesperado llamamiento y no tengo palabras para expresar lo que sentí cuando el presidente Monson me lo extendió. Por cierto, las palabras de Nefi cobraron para mí un significado que nunca antes habían tenido:

"Yo, Nefi, dije a mi padre: Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que el nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7).

Creo que este pasaje tiene un gran significado para todos los miembros de la Iglesia, sin importar el llamamiento que tengan. La experiencia me ha enseñado que el Señor prepara la vía si somos diligentes y fieles en cumplir con nuestro deber.

El élder Nelson ha enseñado que somos llamados a cargos de liderazgo no por lo que somos sino por lo que podemos llegar a ser. Tengo un largo camino que recorrer para llegar a ser la clase de siervo que el Señor desea que sea.

El día en que fui presentado para el voto de sostenimiento de la congregación, prometí al Señor que le serviría con todo mi corazón, alma, mente y fuerza; y lo vuelvo a confirmar hoy a la Primera Presidencia, a mis hermanos de las Autoridades Generales y a todos vosotros. Haré lo que sea necesario hacer en este sagrado servicio, y lo haré con gusto, pero para ello necesito la fe y las oraciones de todos vosotros, y espero ser siempre digno de merecerlas.

Deseo expresar públicamente mi amor y gratitud a mi maravillosa esposa, la madre de nuestros nueve hijos, quien ha estado a mi lado por casi cuarenta y cinco años. Ella ha sido una fuente incomparable de fortaleza y siempre me ha apoyado en

mis llamamientos eclesiásticos, a pesar de su gran responsabilidad de madre y de sus propios llamamientos en la Iglesia.

Me siento muy agradecido por el sincero apoyo que siempre he recibido de mis padres y parientes. A mis queridos hijos y a sus respectivos cónyuges, y a nuestros veintisiete hermosos nietos (el último nació esta mañana) les extiendo mi amor y agradecimiento por su fe y oraciones, y por el gozo y la felicidad con que han inundado nuestra vida.

Agradezco la responsabilidad que se me ha dado de formar parte de la Presidencia de Área de Brasil con el élder Gibbons y el élder Camargo, y por la oportunidad de servir nuevamente entre el maravilloso y cálido pueblo de Brasil. He sido especialmente bendecido con la oportunidad de participar de diferentes maneras en el crecimiento de la Iglesia en ese lugar durante los últimos cuarenta y ocho años y he visto avanzar ese crecimiento de menos de 200 miembros en 1940 a más de 250.000 que hay en la actualidad.

Al asistir a las diferentes conferencia de estaca, es conmovedor encontrarse con los líderes jóvenes que el Señor ha levantado: hombres como el presidente Santos. Él abrazó el evangelio a la edad de diecisiete años, y su familia lo echó a la calle con sus escasas pertenencias cuando él decidió aceptar el llamamiento misional. Sin embargo, este hermano sirvió fielmente y más tarde fue guiado hacia una hermosa joven conversa. Fueron sellados en el templo y hoy están criando a su familia dentro del convenio. Aún no ha cumplido los treinta años de edad y ya es un próspero hombre de negocios y un gran líder en su estaca. ¡El Señor bendice a los fieles miembros de la Iglesia!

Mi esposa y yo recientemente tuvimos la oportunidad de visitar la nueva Misión Fortaleza, la cual nos hizo recordar nuestras propias experiencias misionales. Durante su llamamiento, un presidente de misión recibe semanalmente cientos de cartas de sus misioneros en las que ellos se refieren a muchos temas diferentes. La mayoría de las cartas que yo recibí fueron muy espirituales: en ellas los misioneros expresaban su gratitud por la oportunidad de servir al Señor y su testimonio de la importancia y veracidad de la obra. Hasta el día de hoy, he guardado la mayoría de ellas: me son muy queridas. Hay una en particular que al recibirla me emocionó profundamente. Un misionero local, el élder Acosta, en su última carta antes de que dejáramos el campo misional, escribió:

"Presidente, es posible que con el paso del tiempo yo olvide su apariencia o su manera de caminar, o cosas similares, pero nunca olvidare su amor por el evangelio ni su testimonio".

Si los miembros de la Iglesia han de recordarme, quisiera que este fuera el recuerdo que tuvieran de mí, porque en efecto tengo un gran amor por el evangelio y por todos los miembros de la Iglesia doquiera que se encuentren. Me siento un tanto extraño en estas sillas rojas y mullidas, más tengo un testimonio sincero y vivo de esta obra. Ruego que el Padre me bendiga para que pueda ser una buena influencia

en la vida de aquellos que Él ama y para que siempre pueda tener su guía y su inspiración. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.